

Señales en el agua

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

La lluvia fue siempre compañera de la soledad. En su ámbito de música se mueve el pensamiento con monótono ritmo y el alma encuentra su centro de gravedad, mientras dura el imperio de su amada caricia. El líquido paréntesis se colma de recuerdos propicios al perdimiento por la melancolía. Al florecer de las ideas, que van desde Dios y sus ángeles hasta la tibia carne lacerada. Porque la lluvia es múltiple espejo, en el cual puede mirarse el hombre, a través del marco de las ventanas, que insinúan una pinacoteca de árboles y edificios, en donde la luz artificial delata la presencia de otros seres, sumergidos en el océano interior.

La ciudad se viste con la lluvia, como con una túnica tejida de rocío. El perfil de las torres emerge penitencial, sin las campanas, como rostro en olvido. La ciudad pierde su memoria del sol, mas fluye el contenido afán de retornar a la siesta sobre los campos, al fuego del hogar y al contacto de los libros amados. De aquellos que se abren siempre, en la misma página y repiten idénticas verdades. O a los volúmenes que esperan, con táctica virginidad, en la primera entrega.

Corre un río de lodo por las calles, y hay que huír, a refugiarse en la ciudad íntima, que el transeúnte casi nunca visita, por temor a las formas yacentes del pasado, a los signos precursores del futuro. Recordar, proyectar, cavilar, son modos de renacer, pero, también, son una forma de agonizar, bajo la lluvia.

Viene el mar, como las grandes olas, como los hondos sueños de la sangre. De una provincia que limita con las nubes y las espumas de un paraíso verde, que madura en oro sus presagios. Su infancia de islas fue la mía y en su terrestre soledad navegan todos los barcos de papel que lanzamos a la deriva, como los pensamientos, sin brújula, en el puerto fluvial donde el agua inventa islas desconocidas.

Habitante de sus propias palabras, en los acantilados alza hogueras de júbilo, escribe claridades. Sumergida en resplandores, su parábola humana tiene reflejos, como los peces que surcan un lindero de algas. Sediendo de mares, repetido en el espejo de las escamas, van en busca del

ángel de la imagen. Su alba cordial inicia fuegos de San Telmo, en el callado azul mediterráneo. En la herida tiniebla de la ciudad, donde la luna deshoja jardines de niebla.

Llega desde la orilla sin geografía del recuerdo. Podeis identificarlo por la estatura de su sombra y por su acento heredero de un río orquestador de árboles, en la primera sinfonía del mundo. Limpia en la sed, su voz de hombre nuevo repite el milagro de la inicial comarca. Su vida en el trabajo, como las horas en los bosques. Es su labor constante, sin tregua, ni fatiga. Está lleno de ramas y de hojas, como un mitológico labrador. Sus raíces de manglares se hunden, en la faena cotidiana, con voluntad y esfuerzo. Su taller son los días. Ante él las preguntas pretéritas se pierden, porque es vitalidad presente. Dibujo en este amanecer del altiplano el perfil del amigo, y lo rubrico con un ancla. Porque él retorna al mar.

Me detengo a mirar un acuario, en mitad de la noche. Una lámpara vierte su claridad discreta sobre el cubo de cristal, colocado en un extremo de la mansión por la dueña de casa. Mientras danzan los jóvenes voy al ángulo de la casa en donde los pececillos iluminados, vagamente, son otra fiesta de color, un arco iris sumergido en el agua.

En su cárcel líquida, ellos viven privados de su libertad de ríos y de mares, destinados a servir de regalo a ojos indiferentes. Lo mismo que esas rosas agonizantes, en su jarrón de porcelana, desheredadas del rocío, lejos de la lluvia y del sol.

Al contemplar este acuario, mi pensamiento vuelve a recorrer las avenidas del jardín zoológico, en la ciudad que nunca habré de rescatar. Por la memoria desfila toda la fauna congregada en aquel sitio: desde el pingüino hasta el oso del norte, rodeados de nieves artificiales. La imaginación representa después, sin transición, la escena de arribo de un circo con su tropa de animales amaestrados. Todo ha sucedido con inverosímil rapidez, al mismo tiempo que se apaga la última nota de la música, a cuyo conjuro se ejecutan piruetas rítmicas, los convencionales pasos del baile.

Quién me diría si en aquel momento, fugado de la realidad, yo no soy otro pez, encadenado al transparente acuario, en casa de mis anfitriones? En el instante, cuando todas las respuestas naufragan en las riberas de la noche.

En el silencio que sitia el corazón con el vuelo intuído de los ángeles nocturnos, solamente se escucha el alto rumor del mar cercano, su música insistente, golpeando los acantilados de la carne en desvelo. La soledad, entonces navega a la deriva, entre los vendavales de la sangre, sin encontrar la isla del corazón que arde en la hoguera de los días, ni hollar la bahía de unos brazos amantes, abiertos en la hora definitiva del crepúsculo.

Melodía plural, arpegio innumerable, pentagrama de espumas. El viento arpista ciñe las palmeras en la oceánica danza. Esta canción de ayer es la misma de hoy, renovada en la polifonía de los caracoles. En la orquesta del agua resucitan los ecos del mundo. Los jardines ocultos del sonido abren su primavera submarina y en la tiniebla casta de los sueños, en medio de la quietud profunda de los peces, nadie osaría decir por qué los hombres y los ríos fluyen cantando, hacia la orilla de la muerte.

La vigilia se llena de esta armonía marinera. Cada instante discurre con su mojada planta, por un itinerario de luceros. Alguien, desde las nubes, riega semillas de astros sobre la tierra virgen de la noche. Al júbilo de oír sucede el gozo de mirar. Sobre la rada estelar, los barcos anclados son como estatuas de la lejanía. En fina lluvia desciende la claridad de las constelaciones y el mar es una inmensa mina de oro lunar y plata en las escamas de los peces.

En el fugaz concierto de la aurora, el mar entona los himnos del alba. Por mástiles y jarcias, entre la arboladura mayor y los velámenes, urde la brisa un cántico. Es el momento puro, cuando las primeras campanas del litoral flotan en el aire del amacener, como escapadas de las torres de una aldea sumergida en el tiempo.



El recuerdo de un cementerio limitado, en su mudez geográfica, por la elegía de las olas, al centre del "dulce Mar de Vigo" surcado por las cantigas de los marineros medioevales, en la vecindad de las rías gallegas, regresa a mí, y se hace carne de palabras, sangre de sueños, viva osamenta de nostalgia.

Las Islas Cíes fueron talladas por la lengua del agua, tras millenario esfuerzo, en la dura materia de las rocas. Sin el encadenamiento montañoso, estos promontorios pétreos, se dirían exvotos, gigantescas ofrendas erigidas por antiguos peregrinos de ultramar, casi al fin de la ruta que conduce a Santiago, en honor del Apóstol.

Sobre el color sepia de la superficie insular de irregulares faces y contornos, reverbera la lumbre del verano, se refleja en las arenas toda su claridad, como en el centro de un desierto, sin límites, quemándolas. Pocos, muy pocos árboles, levantan a los cielos la contorsionada misericordia de sus ramas. Una discreta mancha de vegetación medra, en escasos trechos, fijadas sus raíces, en el mínimo infierno circundante, con angustiosa voluntad de vivir, nutrida por la savia de la muerte.

En un pequeño espacio, que tal vez el océano fecunda con polem de vendavales, surgen diseminadas esas tumbas anónimas, donde cuerpos desconocidos esperan las trompetas del ángel, que venga a despertarlos, en la postrimería de los siglos. Nada dicen sus nombres. Solo cruces yacentes, trazadas en la tierra, con caracoles y conchas arrebatadas al mar, dan testimonio cierto del misterio que, bajo ellas, sueña con largueza. Quién sabe si en los nocturnos funerales de la luz, un pescador furtivo repite oscuramente, por ellos, sus sencillas plegarias.

Separado por mares y montañas, desde el fondo de mi añoranza americana, consagro ahora una oración, en memoria de estos muertos anónimos, que llenan mi silencio, con su invasión de náufragos fantasmas.

En lontananza se pierde el mar, lo borra el esfumino de las nubes. De su clamor gozoso, de su voz conocida, apenas resta la débil línea de sonido, que separa el país de la música del reino del silencio. Ahora hunde su huella en la nostalgia, sobre la monótona arena de los días como un árbol sitiado por la niebla. En la mitad del sueño principia la lluvia de la melancolía. El tiempo encadenado a la añoranza.

Del pétreo recinto circundado de sol y sombras marineras, retornamos a la ciudad, edificada sobre el altiplano. Antes, el río había dibujado en los ojos su espiral melodiosa. Desde el límite del litoral fuimos guiados por la mano del agua, a través de senderos y rumores, en la evasión que traza, en torno al hombre, los círculos de su nocturno poderío. En sur y norte, en la tiniebla y en la luz, percibimos el diálogo del agua con los árboles. Como las piedras que edifican el cauce, toda la sed circula por nosotros, sin contenernos ni saciarnos.

La vertical del vuelo se prolonga en el aire. Ahora, la geografía se escribe con montañas. El torso de la cordillera se extiende como un saurio, desde el principio de las edades. La geología canta con las voces del viento y en linde gris la ciudad se entrega al abandono de los días. Bajo el calor del meridiano, los cuerpos delinean la geometría del regreso, el amoroso esquema del abrazo. La urbe nos absorbe. Cuando tornemos a sumergirnos en el paisaje, advertiremos claramente las líquidas señales.